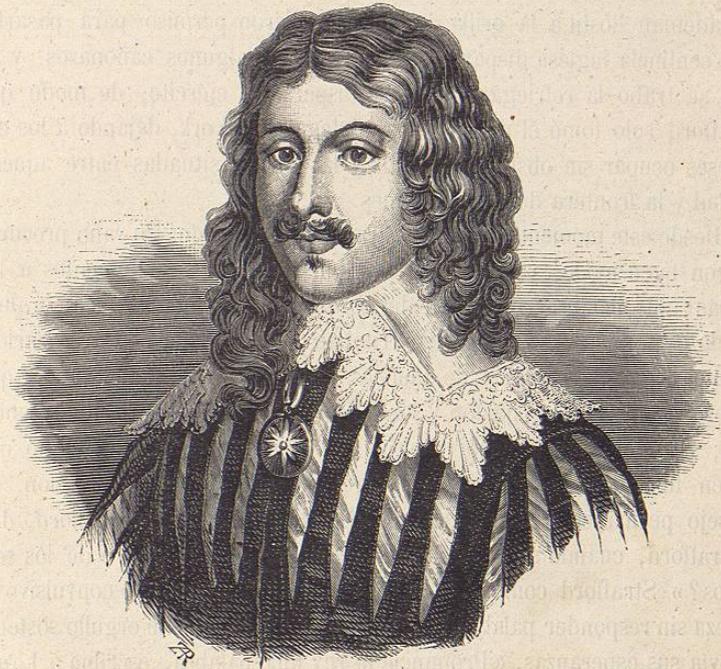


furiosa rodeó su palacio, precisándole á refugiarse en Whitehall. La iglesia de S. Pablo, donde se reunia el tribunal de alta comision, fue invadida por otros grupos que gritaban: *fuera obispos, fuera la alta comision!* En los condados solo la violencia llevó á cabo la leva. Para eva-



LORD FALKLAND.

dirse de ella algunos se mutilaron, y otros llegaron al estremo de ahorcarse; los que obedecian sin resistencia eran insultados por las calles y tratados de cobardes en sus casas por sus antiguos amigos. En los cuerpos reinaban los mismos sentimientos. Muchos oficiales, sospe-

chosos de papismo, fueron muertos por sus soldados. Cuando el ejército se encontró á vista de los escoceses, subió de punto la indisciplina; veía el pacto flotante en las banderas; oía los tambores que llamaban á las tropas al sermón, resonando al amanecer el acampamento con el cántico de los salmos y las preces. A este espectáculo, á las relaciones del piadoso ardor y de las amistosas disposiciones de la Escocia para con los ingleses, se enternecían é indignaban á la vez los soldados, maldiciendo esta guerra impía, y se daban por vencidos antes de pelear contra sus hermanos y su Dios. Al llegar los escoceses sin ademan hostil á la orilla del Tyne, pidieron permiso para pasarlo. Una centinela inglesa disparó; se contestó con algunos cañonazos, y no bien se trabó la refriega cuando se dispersó el ejército, de modo que Strafford solo tomó el mando para replegarse á York, dejando á los escoceses ocupar sin obstáculo el país y las plazas situadas entre aquella ciudad y la frontera de ambos reinos.

Desde este momento el mismo Strafford fue vencido. En vano procuró, ya con buen modo, ya con amenazas, inspirar otros sentimientos á las tropas; sus palabras no salían del corazón, y disimulaban mal su desprecio ó su cólera: sus rigores irritaban á los soldados sin arredrarlos. Pronto llegaron peticiones de muchos condados, suplicando al rey que hiciese la paz. Lord Wharton y lord Howard, se atrevieron á presentar una; Strafford los arrestó convocó un consejo de guerra, y pidió que fuesen fusilados delante del ejército como por conato de sedición. El consejo permanecía en silencio, pero Hamilton le rompió: «Milord, dijo á Strafford, cuando se haya dado la sentencia, estais seguro de los soldados?» Strafford como herido de una revelación, volvió convulsivo la cabeza sin responder palabra. Sin embargo, su indomable orgullo sostenía todavía sus esperanzas. «Pronuncie el rey una palabra, escribía á Laud, y haré huir á los escoceses mas listos de lo que han venido; respondo de ello con mi cabeza: pero sería preciso que el consejo se lo diese otro que yo.» En efecto, le evitaba ya Carlos temiendo sus arranques. Este príncipe habia caído en un profundo desaliento; cada dia recibía nuevas pruebas de su impotencia; faltaba dinero y no habia medio de adquirirlo; los soldados se amotinaban ó desertaban á bandadas; el pueblo inglés, impaciente de un desenlace que ya se columbraba, se agitaba por todas partes; y las correspondencias con los escoceses se cruzaban en todas direcciones. Estos, siempre prudentes en sus actos, y moderados en su lenguaje, contemporizaban con los condados invadidos, eran muy atentos

con los prisioneros, y renovaban continuamente sus protestas de sentimientos pacíficos, de fidelidad y de adhesión á su rey: seguros de la victoria pedían la paz que debía consagrarla. A la palabra paz se empezaba á unir la de parlamento. A este nombre, atemorizado Carlos, pensó (se ignora por consejo de quien) en convocar en York el gran consejo de los pares del reino, asamblea feudal hacia cuatro siglos olvidada, pero que en otros tiempos cuando era aun muy limitado el poder de la cámara baja habia tomado frecuentemente parte en el gobierno supremo. Sin saber lo que era ni lo que podia esta asamblea, se prometían de ella mas miramiento hácia el honor real, y se preguntaba ya si sería posible que por sí sola votara los subsidios. Pero antes que se hubiese reunido, se recibieron dos peticiones, una de la ciudad de Lóndres, y otra de doce pares muy influyentes, en que se solicitaba espresamente la convocación de un verdadero parlamento.

Esto era suficiente para agotar la última resistencia de un rey que se veía sin fuerzas. En medio de estas incertidumbres y para satisfacer su resentimiento y justificar sus consejos, atacó Strafford á los escoceses, alcanzando sobre ellos algunas ventajas, pero se clamó que comprometía al rey, y recibió orden de encerrarse en sus cuarteles (1) Reuniéronse los pares en 24 setiembre 1640, y Carlos anunció que convocaba un parlamento, y solo reclamaba sus consejos para entrar en negociaciones con los escoceses. Abriéronse estas, y se encargó su dirección á diez y seis pares que gozaban de popularidad. Se estipuló ante todo que los dos ejércitos quedarian permanentes, y que el rey pagaría igualmente el de los escoceses que el suyo propio. Para cubrir esta atención se pidió á la ciudad de Lóndres un empréstito de 200,000 libras esterlinas, y los pares empeñaron su palabra sobre la del rey á que no se invertiria la suma para otro objeto. Carlos, despues de haber firmado en Rippon los artículos preliminares, anhelando olvidar al lado de la reina tantos disgustos y conflictos, trasladó la negociacion á Lóndres, donde debia reunirse el parlamento (2). Pasaron allá los comisionados escoceses, seguros de encontrar poderosos aliados. Adelantábanse las elecciones en Inglaterra con ardor general; triste y abatida, ensayaba en vano la corte poner á

(1) Si bien algunos autores niegan este hecho, sin embargo el testimonio de Clarendon es de mucho peso, y su relacion, que tal afirma, es verídica y circunstanciada.

(2) 23 de octubre de 1640. Rushworth.

prueba en ellas su influjo; do quier eran desechados sus candidatos; ni siquiera pudo hacer elegir á sir Tomás Gardiner al que el rey deseaba nombrar presidente. La reunion del parlamento se fijó el 5 de noviembre. Algunos aconsejaron á Laud que escogiese otro dia, porque aquel decian ser de mal agüero; bajo Enrique VIII, el parlamento reunido en el mismo dia habia principiado por perder al cardenal Wolsey, y habia dado fin por la destruccion de las abadías. No hizo caso Laud de estos presagios, no por confianza sino cansado ya de resistir, y se abandonó lo mismo que su dueño á un porvenir, que todos á la vez, vencedores ó vencidos, estaban muy distantes de prever.

LIBRO TERCERO.

Apertura del parlamento.—Apoderase del poder.—Situacion de los partidos políticos y religiosos.—Concesiones del rey.—Negociaciones entre este y las notabilidades del parlamento.—Complot en el ejército.—Sumaria y muerte de Strafford.—Viaje del rey á Escocia.—Insurreccion de Irlanda.—Discusiones.—Vuelve el rey á Londres.—Progreso de la revolucion —Asonadas.—Sale de Londres el rey.—Se embarca la reina para el continente.—La milicia.—Negociaciones.—El rey fija en York su residencia.—Ambos partidos se preparan á la guerra.—Niégase al rey la entrada en Hull.—Vanas tentativas de conciliacion.—Levántanse dos ejércitos.

(1640. -1642.)

El dia prefijado abrió el rey el parlamento. Pasó á Westminster sin pompa, casi sin séquito, no segun costumbre á caballo y atravesando las calles, sino por el Támesis en una góndola temiendo las miradas, y á la manera de un vencido que sigue el triunfo de su vencedor. Su discurso fue vago: prometió dar cabida á las pretensiones, pero persistió en dar á los escoceses el nombre de rebeldes como si durase todavía la guerra. Los representantes del pueblo le escucharon con frio respeto. Jamás fue tan numerosa la concurrencia al abrirse la legislatura; en ningun tiempo se habian presentado con tal arrogancia los súbditos en presencia de su soberano.

No bien hubo salido el rey, cuando sus pocos adictos de la cámara conocieron por los razonamientos de los grupos que el odio público sobrepujaba aun sus temores: la disolucion del último parlamento habia exasperado á los mas moderados, y ya nadie hablaba de conciliacion ni de prudencia. Ha llegado el momento, decian, de desarrollar todo el po-